

Cultura a la contra

Postal de Mallorca

La isla de Mallorca es como la hermana mayor de Ibiza, y de todas las Baleares. Es más rica de ambiente, más viva que sus hermanas. Y posee una ciudad cantada por poetas, llena de bares, de discotecas, de marineros y de comerciantes. Isla, pero mediterránea, no tiene esa cerrada fiereza insular que caracteriza a las de los mares fríos y norteaños; estas últimas habían de defenderse contra el frío y el enemigo mar, portador de piratas a caballo de sus olas encrespadas, de invasores y de enemigos, mientras que las islas mediterráneas han estado siempre asaltadas más bien por comerciantes y colonizadores amables, a quienes han acabado por asimilar. Antes de convertirse en vertedero de basuras nucleares o no, el Mediterráneo era un hogar cerrado; cualquiera que viniese de cualquier punto de él era "de casa", y como tal se le trataba. El concepto de extranjero no es muy mediterráneo que digamos, porque el comercio lo prohíbe. El comercio, padre de la cortesía, de la idea de igualdad entre los hombres y de la democracia: porque solo entre iguales se puede comerciar, y porque un cliente maltratado se va a comprar a otro sitio. Aquí se nota eso bastante: es evidente que al extranjero, como en todas las comarcas turísticas del mundo, se le explota, se le estafa y, en fin, se le saca partido; pero se le trata bien, se le hace sentir a gusto, se le deja incluso que se pase, en la medida de lo tolerable. Y a algunos se les adopta incluso: como pasó hace ya años con Camilo José Cela, antes gallego y hoy afincado en Mallorca. O, más recientemente, con Kevin Ayers o con David Allen, rockeros de los sesenta, "hippies" quemados que han venido aquí a beber gin-tonics entre olivos y palmeras y a componer música en sus ratos libres: se les admira, se les adora en la isla donde los rockeros son legión.

Hay un ambiente aquí como de Costa Oeste americana en los años sesenta, de una tranquilidad casi "hippiesca". La misma Palma recuerda un poco a Los Angeles cantada por Chandler: con muchos pequeños suburbios encaramados en colinas y montañas, o metidos en bahías y calas blancas. Como aquí casi no hay distancias, se puede vivir en medio del campo y plantarse en la ciudad costera y trepidante en menos de un cuarto de hora. Debe ser precisamente esta cualidad geográfica, la continua convivencia campo-ciudad, lo que hace de esta isla algo tan idílico y tranquilo. Ni siquiera las drogas duras —de las que se hace aquí bastante consumo por parte de los modernos— consiguen dar ese aire de sombrío frenesí que caracteriza, digamos, a Madrid. Y los madrileños nos quedamos un poco sorprendidos por ese ambiente de paz —que tampoco los marines consiguen romper, aunque lo intenten—, y acabamos entendiendo que tal vez también pueda haber marcha y color en la tranquilidad no agresiva de esta isla. Y la hay, desde luego. Mallorca es una cura contra la neurosis, si se toma en dosis no excesivas, y precisamente en esta estación, entre verano y otoño, cuando el sol no es ya demasiado agresivo y omnipresente y los turistas empiezan a marcharse, no pululan por todas partes, no molestan.

También hay "rock": se escucha mucho, más tal vez que en Barcelona y en Madrid. Se escucha en los bares, en las cafeterías, en casas de amigos. Los rockeros, ya lo he dicho, son legión. Esta es una de las pocas buenas cosas del turismo: los turistas traen cultura, modas, elementos que, aunados a los autóctonos, consiguen una amalgama bastante bonita e interesante. Y se bebe bien, y duro. En estos pueblos —¿influencia inglesa o costumbre de autóctonos?— se sabe beber, duro y de calidad, sin que se noten tampoco borracheras excesivas. Hay buena ginebra menorquina, y licor de hierbas, parecido al de Ibiza, pero con matices de sabor diferentes. Y una cosa llamada caña, un licor fortísimo que revienta mulas: 65 grados tiene el angelito. Por eso debe ser que se entienda tan bien aquí el "rock" alcohólico de Kevin Ayers, otro de los residentes honorarios de este país. Como consejo amistoso, recomiendo a los visitantes que se pasen por el bar Joe's, en la plaza Gomila, de Palma. Dan buenos dry-martinis, justo con la ginebra y el martini que uno desea siempre. Desgraciadamente, no se come tan bien.

Últimas recomendaciones: los mallorquines no son catalanes. Y la isla —Palma, al menos— no es tan barata como la pintan. Y, para tarjeta postal, esto ya es largo. ■ EDUARDO HARO IBARS.

oro" o "También murió Mancebido".

"Todas las noches amanece" está impregnada, temática y lingüísticamente, de una cualidad fronteriza, justamente la segregada por las tierras, los cielos, las charlas y los usos que emparentan las zonas hermanas de León y Galicia. El castellano —tan céltico— derrochado por Ramón Carnicer está al servicio de una visión del mundo irónica, no optimista, pero teñida de una esperanza pequeñita en lo que de bueno puede reportar el mirar calmo, la atención a lo menudo, la palabra que ayuda a ir viviendo y mirando a los demás.

Historia vertebrada a través de la oscura existencia de un cura rural, entre temperamento artístico y cascarrabias, nos introduce en un sinfín de vidas, en un ajeteo de familias, anécdotas bienhumoradas, forcejear de in-



Ramón Carnicer.

tereses, todo ello enmarcado en los avatares históricos de la primera mitad de nuestro siglo. La existencia del cura don Félix y la de los demás personajes se va desarrollando según una cronología, pero la novela no es propiamente una narración lineal; a menudo se detiene, se extrapola en historias que alguien relata, que de algún modo llegan a nuestros oídos, y el escritor se toma su tiempo para ver mudar los campos, para traducirnos voces de pájaros, matices, tristezas, sonrisas.

Con todo, lo que verdaderamente hace que "Todas las noches amanece" rezume esa sere-

nidad, esa verdad tan acorde con la mirada paulatinamente más vieja y sabia del protagonista, es la tersa fiesta del lenguaje a que se libra Carnicer. Lo de menos es la profusión de términos rurales, incluso periclitados, que el autor despierta; lo de menos es incluso esa respetuosa recuperación-constatación de un galaicocastellano rico como pocas lenguas. Lo importante es que, en esta novela, se demuestra que, con un estilo bien pertrechado, no se distancia al lector, no se suscita en él vanos boquiabiertos administrativos ante colitis de léxico; por contra, nace así una atmósfera, algo irreplicable, propio precisamente del libro que un escritor se trae entre manos con el decidido propósito que luego el lector haga lo mismo.

Si se consigue esa atmósfera, como es el caso de Carnicer, ya el resto viene por añadidura, y el lector puede recibir con agradecimiento numerosas citas sagradas y profanas, retazos de romances, chascarrillos, historias dentro de historias. Las gentes que nos presenta Carnicer están vivas, y sólo por presentárnoslas sería recomendable el libro; pero el secreto estriba en que tanta vida no puede sernos transmitida sino mediante esa atmósfera-estilo que hace que Ramón Carnicer sea hoy mucho más cumplido novelista que tanto epatatribus como por ahí corre. ■ MIGUEL BAYON.



Teatro  
Murcia: el primer teatro municipal

Cuando hace un año se puso a andar el Centro Dramático Nacional, más de uno pensó que aquella era una absurda manera de descentralizar. Si en Madrid estaba "todo" el teatro, ¿qué sentido tenía crear allí una nueva institución? Yo nunca estuve de acuerdo con esta teoría, porque, a fin de cuentas, el Centro Dramático respondía al deseo de actualizar, sustituir y mejorar la herencia de los teatros nacionales. No hacerlo hubiera sido tanto como condenarnos a añorar las buenas temporadas del María Guerrero, cuando, entre censuras o intromisiones de la Administración, José Luis Alonso presentaba anualmente tres o cua-